

CAPITULO VI
Después de la victoria



CAPÍTULO VI **DESPUÉS DE LA VICTORIA**

Dos legados nos dejaba la política roja en la zona ocupada por sus ejércitos: uno positivo, el entusiasmo, la confianza, el estado de incondicional adhesión del pueblo liberado de su angustiada pesadilla, propicio a cualquier operación de ingenio político como jamás estuvo pueblo alguno. A quien haya contemplado la entrada de las tropas nacionales en las grandes ciudades españolas no puede caber duda del auténtico significado que tenía para el pueblo la palabra liberación. Tres años de terror, de escasez, de desorden, proporcionaban a la empresa nacional el plebiscito de adhesión más unánime e incondicional que jamás se haya conocido, y en las manifestaciones de entusiasmo se mezclaban hermanados los antiguos derechistas con los antiguos republicanos. Sólo la parte más organizada de las masas marxistas -concretamente los comunistas- podía presumirse que quedaban en aquella hora reservados y hostiles con la conciencia de la derrota¹. En cambio, lo que en aquella zona era pueblo español auténtico no se sentía derrotado, sino, por el contrario, rescatado, liberado, de una opresión feroz e insoportable. Así fue -esta es la gran verdad- en aquellas inolvidables horas colmadas de posibilidades y de esperanzas. Repito, con la objetividad con que escribo, que ello fue ante todo un legado que nos hiciera la política roja. Negativamente fue ella quien hizo esta inmensa obra de proselitismo que la España nacional por sí sola no habría podido hacer jamás.

Pero también nos había dejado un legado negativo. Era éste, principalmente, un legado de ruina económica, y en cierta medida de hábitos de inmoralidad y corrupción que en tiempos posteriores darían aquí copiosamente su triste fruto manchado. La aplicación nueva de la palabra *estraperlo* para designar el tráfico ilegal de materias alimenticias sobre todo, fue obra de la zona roja. Surgió allí como una defensa natural de las gentes contra la escasez y el desastre de la economía; luego se extendió aquí a tantos otros tráfico y especulaciones realizados impunemente desde posiciones ventajosas.

En este aspecto la España nacional hasta entonces había permanecido sana y abundante; pero esta abundancia y esta salud no podían ser duraderas sino al precio de un grandísimo esfuerzo, pues el desastre de la economía roja no había de recuperarse en poco tiempo: La riqueza compartida iba a ser pronto pobreza total. El expolio de las reservas del Tesoro nacional, la crisis o destrucción de las industrias, el abandono de los campos, la devastación de aldeas y ciudades, eran carga muy penosa para un Estado adolescente. Una ingente tarea de reconstrucción, revalorización y saneamiento se presentaba ante nosotros. Si las reservas metálicas, garantía de nuestra moneda eran una razón grave de crisis financiera, el agotamiento de las reservas alimenticias hacía prever una mas amplia crisis económica y social. El gran crédito abierto a los nacionales por la población de la España roja era -como he dicho- la consecuencia del fracaso de aquella política; por lo tanto era supuesto necesario de cualquier éxito ulterior no malbaratar aquel crédito. Frente al hambre había que dar alimentos, frente al desorden de los servicios exactísima administración, y frente al terror, seguridad. Sólo así podía incitarse a los españoles a una empresa común esperanzada. Es decir, sólo conseguido eso, podía darse por liquidada la guerra y por incorporadas y fundidas las dos Españas hasta entonces enfrentadas. Frente a una muy general zafiedad política que pensaba de

¹ El lector puede trasladar aquí lo manifestado por nota en la página 47. Situaciones emocionales conspiraron en el subconsciente para eliminar las zonas de sombra.

otra manera, el rescate, la nacionalización, la pacificación y conquista de los enemigos, era la realidad más ambiciosa y fecunda que había de seguir a la victoria. Se había combatido sobre todo por la unidad de los españoles cuarteada en las pugnas endémicas de partidos, clases y regiones, acentuada en la etapa republicana pero que ya desde mucho antes venía produciéndose. Este milagro no podía caer del cielo: Habíamos de conquistarlo y no con frases bobas sino con nuestro esfuerzo, haciéndolo realidad mediante la paz y el bienestar general.

Necesidad de paz

Quienes han querido presentar a las fuerzas nacionales como pioneros o avanzadillas de una beligerancia universal, como aspirantes a la guerra que más tarde llegó, ignoran supinamente estos hechos a que me estoy refiriendo. Ignoran que España era entonces el pueblo del mundo que más necesitaba la paz y las relaciones internacionales normales. El *Diario* de Galeazzo Ciano registra mi alegría en la primera conversación con Mussolini cuando este me dijo que la guerra en Europa no era cosa próxima.

Sólo el crédito y el comercio exteriores adquiridos por la solvencia, la confianza y el trabajo coherente y tenaz de los españoles podía entonces salvarnos y hacernos cosechar las consecuencias útiles de la guerra civil que nos compensaran de tanto terrible infortunio como trajera. Creíamos, eso sí, en la significación universal de nuestra pugna; pero también creíamos que al servicio de esa pugna ideológica universal habíamos hecho ya bastante: habíamos eliminado al comunismo de nuestro patrio solar, no deseábamos, *no nos convenían* otras aventuras. Y en el peor de los casos, si las hubiéramos deseado era evidente que necesitábamos años y años para estar a punto y en forma².

Que aspirábamos a un engrandecimiento de España era notorio. Que queríamos lograr el respeto a su Derecho natural e histórico era evidente; pero sabíamos muy bien que el engrandecimiento sólo se logra por el propio esfuerzo, en el duro trabajo de cada día, y que ese esfuerzo es lento. Ni económica, ni militar, ni políticamente, estábamos en condiciones de apeteer sucesos bélicos exteriores. Sólo una larga paz bien aprovechada, podría situarnos con la voz y la personalidad que nos eran debidas entre las demás naciones del mundo. Y esta pretensión no era ciertamente una pretensión belicista.

Ni un solo compromiso -fuera del meramente moral del pacta anti-komintern que firmara Jordana y yo prorrogara- heredábamos de la guerra. Lo cierto es que ni Alemania ni Italia pretendieron forzarnos a ningún acto que hipotecara nuestra libertad, nuestra independencia, o nuestra paz. Si alguna vez se intentó cobrar en forma inadmisibile ya he referido al principio de este libro cómo fue acogida la pretensión.

² *Tal era nuestra necesidad de paz y nuestra creencia (necesitábamos creerlo así) en que la guerra se retrasaría que se pensó seriamente en negociar algún empréstito exterior con Suiza o los Estados Unidos. La Junta Política que yo presidía trató del tema. Decidido partidario del empréstito Pedro Gamero hizo comparecer ante la Junta, para reforzar sus argumentos, al eminente economista Sr. Carande. Yo consideraba la cuestión con interés, y lo mismo puedo decir de algunos de mis colaboradores falangistas con criterio. Aquel era, a la vez que el tiempo de los sacrificios, el de las ilusiones, y nos apasionaba la idea de una reconstrucción rápida y de la independencia que nos daría un doble frente comercial. El criterio que se impuso fue otro; pero sobre todo fue la gran guerra la que hizo vanas aquellas pretensiones nuestras.*



Dos aspectos de la tribuna diplomática durante el Desfile de la Victoria: en la primera foto, el Nuncio de la Santa Sede, Monseñor Cicognani, junto a la representación japonesa; en la segunda, el Embajador alemán Von Stohrer.

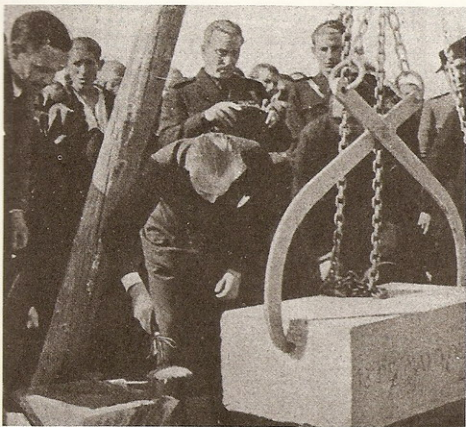


Desfile de la Victoria en Madrid, el 19 de mayo de 1939. Pilar Primo de Rivera entre Rafael Sánchez Mazas y José María Pemán; detrás, Julián Pemartín.





"...un legado de ruina económica."



Don Ramón Serrano Suñer coloca la primera piedra de una barriada de casas en Brunete con la que se inicia la reconstrucción del pueblo.

"Frente a una muy general zafiedad política que pensaba de otra manera —escribe Serrano Suñer—, el rescate, la nacionalización, la pacificación y conquista de los enemigos, era la realidad más ambiciosa y fecunda que había de seguir a la victoria."



Por de pronto hay estos hechos: la guerra europea llegó cuando menos nos convenía, cuando más podía perjudicarnos en nuestros asuntos interiores, puesto que su llegada limitaba las posibilidades de lograr concursos exteriores para nuestra restauración y dejaba en suspenso el fraguado de nuestra unidad nacional. Vino la guerra y no entramos en ella. Para cualquier mente serena es evidente que en el caso contrario -en el caso de un triunfo rojo- las cosas hubieran sucedido de modo muy distinto. ¿Alguien, vista la victoria de los aliados, puede sentir como una desdicha que ese caso no se produjera? Basta, frente a tales ilusos, esta simple reflexión: la guerra, con intervención roja española, se hubiera librado indefectiblemente en la propia Península Ibérica. Contémplese el estado actual de miseria y ruina de los *cobeligerantes* y *covictoriosos* sobre cuyos territorios ha pasado la guerra. No creo que sea una situación deseable. No *nos convenía la guerra entonces*, en primer lugar porque España, cansada, arruinada, mal preparada, no apetecía aventuras bélicas. Y en el caso de haberlas apetecido todavía hubiera sido más inoportuna la guerra, puesto que su situación había de vedarle una participación en ella en condiciones convenientes y decorosas. El en tantos puntos discutible testimonio de Ciano -válido en este- acredita la angustia con que nosotros temíamos la llegada de una guerra europea. Entre otras muchas razones valga esta, comprobada por los hechos: de producirse una guerra europea el proceso de *totalización de la victoria* alcanzada en nuestra guerra civil quedaría fatalmente en suspenso. Por razones que ya vendrán en su lugar oportuno España no iba a entrar en la guerra, pero de entrar había de hacerlo en un bando u en otro. Pues bien: indefectible mente la posibilidad de la victoria contraria (o en caso de inhibición, de cualquier victoria) daba a los restos de la España roja vencida pretexto, opción y esperanza, para declarar provisional nuestra victoria. La cuestión -incluso ante su masa desengañada- aparecería como en suspenso. La paz interior quedaba por lo tanto sobre un solo pie. Y sabido es que sólo la victoria irrevocable, en la que no cabe resquicio de desquite, puede ser cimiento de una paz verdadera y de una política absolutamente firme y estable.